

NN

PERIÓDICO

CONCEPCIÓN | Diciembre 2019 | Nº6





Fotografía / Javier Godoy

EDITORIAL

“Cuida tu poder, vete a vigilar, no cierres los ojos, no vayas a despertar, como ayer.”

Patricio Manns

Esta Editorial ha sido escrita durante casi dos meses. Esta editorial, lo más probable, es que quedará obsoleta casi dos segundos después que la leas.

¿Cómo dar forma a algo genuino después que la realidad fue subvertida y por interesantes sesenta días hemos tenido a ratos la sensación de protagonizar, o bien, presenciar, una película de ficción contada en clave humana y callejera?

Al discutir los lineamientos de este ejemplar, teníamos el interés de que el concepto de felicidad fuera asediado y, de esa forma, convertirlo en el eje temático de la publicación. Más en profundidad, discutimos la posibilidad de enfrentar la experiencia personal e íntima versus el constructo cultural; las emociones versus los satisfactores necesarios para que el estado entendido por felicidad se presente. Hasta ahí, todo bien. Pero Chile, país de intensa actividad geológica conocida mundialmente, nos tenía reservada una sorpresa. Toda la pretensión de escribir sobre un tema elegido a priori y acaso abstracto se fue a la punta del cerro ante esta erupción humana, ante este gran caso, el destape de una olla a presión que nos ha estado cocinando a fuego lento un poco más de cuarenta años.

Entonces, ¿como contribuir a la construcción del relato actual?

Si algo está claro, es que muy pocas cosas están claras... Una de ellas -sin embargo- fue ver cómo al anochecer la ciudad se transformaba en una suerte de ciudadela colonial iluminada por fogatas en las esquinas. Esto, nos hizo sentir felices. Ver la convicción

de los manifestantes, ver como las calles se transformaban en terreno liberado, en una suerte de analogía a los motines carcelarios en donde los caneros viven la felicidad de destruirlo todo una vez que han subyugado a sus custodios, nos hizo sentir felices. Ver todos los íconos del Capital tapiados, también. Ver a la derecha chilena cagarse en los pantalones, inmovilizados por ese miedo que solo pueden sentir los que nunca creyeron que la fiesta -aunque fuera por unos días- se les pudiera aguar, agregó un toque de gusto a victoria a la felicidad caótica. Ver a los Gobernantes transfigurados en malabaristas a los que se les caían todos los platillos, el clímax.

Ver el valor en los jóvenes, nos hizo sentir un orgullo particular. Esas generaciones que a ratos criticamos, que a ratos incluso menospreciamos por sus actitudes y prácticas tan alejadas de nuestras costumbres, dieron muestras de tener más úteros y bolas que todos nosotros juntos.

Así mismo, ver el abuso, duele. Oler la traición, preocupa. Ver el montaje de las sábanas blancas cubriendo una plaza de la capital, es remontar el abyecto arcoíris del No. Ver a la clase política auto protegerse es reestrenar la función de los títeres.

“¡¡¡Si no hay solución quemaremos Concepción!!!” pregonaban los cánticos de las movilizaciones... Si no hay solución, si la historia de los últimos dos siglos se repite, si triunfa la campaña mediática por posicionar la paz por sobre todos los argumentos de las movilizaciones y haya que hacer arder los fuegos de todos los hornos de nuestro país, ¿estaremos?

Dirección: NN.

Editor General: Alexis Figueroa.

Producción: Santiago Ramírez.

Editor Político: Oscar Vivallo.

Fotógrafo: Manuel Morales Requena.

Comercialización: NN.

Diseño y Arte Editorial: Almacén Editorial.

Colaboradores: Oscar Vivallo Urra. Dr. Phil. Political Sciences, at Freie Universität Berlin, Germany. Mauricio Redolés Bustos. Poeta y músico chileno. Sonia Montecino Aguirre. Profesora Titular, Depto. de Antropología, Universidad de Chile Premio Nacional de Humanidades y Ciencias Sociales 2013. Claudia Maldonado Graus. Socióloga de la Universidad de la Frontera, Maestría de Gobierno y Asuntos Públicos en la Facultad Latinoamericana de Ciencia Sociales. Doctora en sociología en el Latinamerika Institut de la Freie Universität de Berlín.

Entrevistador: Jorge Atria. Doctor en Sociología de la Universidad Libre de Berlín (Alemania), investigador postdoctoral de la Pontificia Universidad Católica de Chile y el Centro de Estudios de Conflicto y Cohesión Social (COES).

Distribución:

Concepción: Librería J; Tostaduría Colloacán; Disquería Sonidos, Unidad de Geriatria, CDS; Restaurant Pietra Santa; Restaurant Caleta Ongolmo; Restaurant 40 Sillas; Bar Mal Paso; Cecinas PZ, San Pedro de la Paz; Vidactiva Artes Terapéuticas y del Movimiento.

Temuco: Biergarten Clain; Casino Las Araucarias, Campus Andrés Bello, UFRO.

Valdivia: Espacio en Construcción, Arauco 128, tercer piso.

San Pedro de Atacama: Casa Buena Vista, Lascar 588.

2.000 ejemplares de circulación gratuita.

LA CERCANA LEJANA FELICIDAD, LA FELICIDAD Y EL ASOMBRO

En ese momento de mi vida yo era feliz. Ni aunque ganara miles de millones de pesos o dólares en algún juego de azar. Ni aunque recibiera una llamada desde Estocolmo esa mañana notificándome que yo era el ganador del Premio Nobel de Literatura, podría ser mayor mi felicidad que la que sentía en ese frágil momento que solo duraría unos minutos y que terminaría unas cuadras más adelante.

Por Mauricio Redolés

*¡Buena cosa, Dios mío! nunca sabe
Uno apreciar la dicha verdadera,
Cuando la imaginamos más lejana
Es justamente cuando está más cerca.*
Hay un día feliz
Nicanor Parra.

Estos versos de Nicanor Parra me estremecieron cuando los leí por primera vez a los dieciséis años. Me hicieron pensar profundamente sobre qué era la felicidad. Y esos versos que relatan la mirada de un hombre que vuelve a su pequeño pueblo campesino en que transcurrió su infancia, nunca han dejado de seguirme por toda mi existencia.

Recuerdo que hace unos cuatro años llevaba temprano en la mañana a mi hija al colegio. Caminábamos por calle Rosas hacia el oriente, mientras tras la cordillera aparecían entre unas pequeñas nubecillas los primeros rayos de sol. Sentí la pequeña manito de mi hija en mi mano, caminábamos mientras comenzaba un nuevo día, el aire de Santiago aún era puro a esa hora. Le miré su cabecita muy peinada con su cuidadosa raya al medio y sus pequeñas trenzas a mi lado. Y recordé los versos de Nicanor Parra. En ese momento de mi vida yo era feliz. Ni aunque ganara miles de millones de pesos o dólares en algún juego de azar. Ni aunque recibiera una llamada desde Estocolmo esa mañana notificándome que yo era el ganador del Premio Nobel de Literatura, podría ser mayor mi felicidad que la que sentía en ese frágil momento que solo duraría unos minutos y que terminaría unas cuadras más adelante. Caminata que tal vez podría repetirse nuevamente en esa u otra forma en algunos días más o tal vez no. Recuerdo que ese mismo día en la tarde fui a visitar a mi amigo Felipe Vilches que vive muy cerca de mi casa. Llegué a su puerta y había dos hombres borrachos sentados en las gradas de la

puerta de la casa de mi amigo. Eran dos hombres que probablemente dormían en la Plaza Yungay por las noches. Hombres que hoy son elegantemente conocidos como “personas en situación de calle”. Muy sucios, fétidos y con los ojos semi-cerrados por sueño o ebriedad. Pedí permiso para golpear la puerta, se movieron con cierta dificultad. El más joven de ellos me miró y me preguntó: “¿Eres feliz?”. De inmediato volvió a mí la imagen de mi hijita caminando tan segura de mi mano en la mañana y le respondí que sí, que era feliz. Meses después sufrí un ataque cerebro vascular y nunca más pude caminar normalmente, ni tomar a mi hija de la mano con fuerza y cariño con mi mano izquierda. Ya no podría repetir esa caminata matinal con mi hija. Ella comenzaba a crecer y yo a perder fuerza en el lado izquierdo de mi cuerpo. Afortunadamente para mis recuerdos pude percibir esa dicha en su momento.

Y así, como cierta felicidad está en esos pequeños instantes cotidianos que muchas veces pasan desapercibidos... tratar de mantener la conciencia de no perderlos es un desafío permanente en nuestras vidas. A propósito de esto, no solamente depende de uno descubrirlos. A veces están en una conversación ajena y uno la escucha y se entera de casualidad por esa percepción de lo que significa ser feliz. En una oportunidad mi amigo y ex – vecino del barrio Yungay, el poeta Lorenzo Peirano me dijo que caminando por calle Esperanza lo adelantaron dos obreros que regresaban a sus casas luego del trabajo. Y uno de ellos le dijo al otro: “¡Oye, qué huevá más rica cuando uno sale en la mañana, está amaneciendo y uno va pa la pega! ¿Ah?”. Un marxista-leninista-stalinista de esos duros podría decir: “¡Qué obreros más huevones! ¿Cómo van a estar felices por caminar hacia el trabajo para crear plusvalía para el patrón reproduciendo

un sistema de explotación injusto?” Claro-les diría yo-, es que estamos hablando de cosas distintas. Ellos celebran la posibilidad de estar vivos, aún en condiciones de explotación a la que son sometidos.

Muchas veces, cuando se desata el infierno en nuestras ciudades como ha ocurrido en estas últimas semanas, con el extremadamente violento actuar policial y militar con torturas, abusos sexuales, disparos de perdigones o bombas lacrimógenas que dejan personas ciegas, se desata la infelicidad entre nosotros. También se desata cuando la policía da carta blanca al lumpenaje para que efectúe saqueos y reprime a las personas que protestan por un trato más justo y digno por parte de los poderosos. *El actuar criminal de Fuerzas Amadas y Carabineros se da en medio del apoyo a estas acciones por parte de las autoridades del gobierno, y el encubrimiento de estas acciones criminales por parte de la prensa, tan bien expresado en una fotografía de Luis Barriqa en que aparecen un par de jóvenes encaramados en el monumento a Baquedano en Plaza Dignidad con un cartel que dice YUTA ASESINA / PRENSA AMARILLA.*

Este actuar violento y criminal que nos retrotrae a las peores pesadillas de la dictadura pinochetista me lleva a pensar en la necesidad del asombro ante la barbarie para recuperar la felicidad de una pequeña cotidianeidad digna, pues si perdemos el asombro ante el infierno, entonces lo naturalizaremos, y lo haremos parte de nuestra existencia erradicando para siempre la felicidad de nuestras vidas. El asombro ante la barbarie y la lucha cotidiana, franca y decidida contra ella, es hoy por hoy lo más cercano a nuestra lucha por la felicidad. ☹



Fotografía / Oscar Concha



La más hermosa de todas las dudas es cuando los débiles y desalentados levantan su cabeza y dejan de creer en la fuerza de sus opresores. B. B.

OCTUBRE DE 2019: EL MES EN QUE FELICIDAD RIMÓ CON DIGNIDAD

Hace poco más de un mes muchos chocamos con una terrible realidad. No somos ricos, ni desarrollados, ni felices. Chile es un país abusado y despojado durante décadas de los derechos más básicos. A pesar de lo terrible que ha sido este despertar, la caída de la máscara ha significado por primera vez la unión del colectivo; dañado, maltratado, pero que lucha a cara descubierta por su reconocimiento como individuos sujetos de derechos y decencia.

Por Claudia Maldonado Graus

Qué difícil es hablar de felicidad en este momento donde la tristeza, la rabia y la indignación se respiran en cada poblado y rincón del país. Más difícil aún, cuando las imágenes de la represión policial y de las ciudades convertidas en campos de batallas se repiten a cada segundo por la televisión, a través de internet, en vivo y en directo [...] cuando los heridos se cuentan por miles y los torturados y mutilados por cientos.

Hoy somos todo menos un país feliz, nadie se atrevería a afirmar lo contrario; hecho por lo demás paradójico, pensando que hace solo un par de meses atrás, marzo de este año para ser exactos, el World Happiness Report 2019 de las Naciones Unidas, nos definía como el país más feliz de América Latina.

La pregunta es: ¿Cómo fue que nuestro estado anímico cambió radicalmente de un momento a otro? No creo que dicho movimiento bipolar sea real, más bien lo que sostengo, es que la felicidad de los chilenos no fue más que una careta, una máscara que terminó por despedazarse este octubre, dejando en plena desnudez nuestros profundos dolores, angustias e incertidumbres, y que hoy luego de muchos años nos atrevemos a exponer públicamente y sin pudor, casi como una liberación.

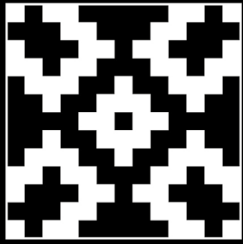
Esta máscara de felicidad como la llamaré de ahora en adelante, fue la perfecta obra que la elite construyó bajo el discurso del éxito y el crecimiento económico que generó una

falsa inclusión social basada principalmente en el consumo; un consumo, por lo demás, imposible de financiar con los niveles de ingresos del grueso de la población. La felicidad de comprar bienes, servicios, la vida misma, fue por sobre todo un artefacto funcional a los proyectos e intereses de políticos y empresarios que, a medida que nos cambiaban bienes por derechos, hicieron de cada ámbito de nuestra cotidianeidad, un nicho de emprendimiento y negocio. A pesar de todo, algunos dirán que esta máscara no fue siempre tan terrible de usar, puesto que por mucho tiempo, nos proporcionó la posibilidad de soñar y experimentar con todo aquello que superficialmente nos daba placer y satisfacción: viajes, vestuario, electrodomésticos y tecnología, vida social y visitas regulares a restaurantes de moda, la mayoría de estas actividades financiadas con líneas de créditos con intereses abusivos, pero que en medio del bombardeo comunicacional nos daba la certeza de que íbamos por el camino correcto, el de los países serios, de altos ingresos y mercados abiertos y rebosantes. Éramos la tierra donde si te esforzabas lo suficiente podías cumplir todos tus sueños -al menos de la boca para afuera-, pero qué más daba, si lo importante era consolidar nuestro estatus de individuo próspero. Esta sensación incluso se acrecentaba cuando mirabas a los países vecinos, tan pobres y poco sofisticados, tan envidiosos de nuestros logros, de nuestra modernidad.

Sin embargo, pocos podrían contradeclarar que este optimismo desbordado

desaparecía al cerrar la puerta de nuestras casas. Ya instalados en nuestro mundo privado, la preocupación no nos dejaba dormir. A los objetos de deseos pagables en cuotas mensuales, sumamos una larga lista de deudas por atenciones médicas y tratamientos costosos; también carreras técnicas y universitarias (gran parte de ellas ni siquiera rentables), vacaciones, autos, etc. La angustia de no poder solventar la reproducción de nuestra vida, se volvió desesperación cuando incluso comenzamos a pagar con tarjeta de crédito nuestra alimentación cotidiana. Esta sensación interna se contrariaba con el bombardeo mediático de los medios de comunicación, con las cifras económicas que mostraban el aumento de la riqueza y el abandono del subdesarrollo a una velocidad inversa al cómo se vaciaban nuestros bolsillos y se alejaban nuestros anhelos de mejorar la forma en que vivimos.

Hace poco más de un mes muchos chocamos con una terrible realidad. No somos ricos, ni desarrollados, ni felices. Chile es un país abusado y despojado durante décadas de los derechos más básicos. A pesar de lo terrible que ha sido este despertar, la caída de la máscara ha significado por primera vez la unión del colectivo; dañado, maltratado, pero que lucha a cara descubierta por su reconocimiento como individuos sujetos de derechos y decencia. Este octubre felicidad comenzó a rimar con dignidad y hacer carne este anhelo que seguramente no será un proceso corto ni sencillo. Sin embargo, tengo la certeza de que vamos en la dirección correcta. ☺



CASA DE SALUD
Cura-te Ipsum



WAYAS
GYROS

tipico sandwich griego

GYROS
Plaza Perú 133





Pietra Santa
TRATORIA & PIZZERIA A LA PIEDRA

Pizzas a la Piedra y Pastas Artesanales
Menú ejecutivo de lunes a viernes desde las 12.30 hrs
Bar after office desde las 17.00 hrs hasta las 20.00 hrs
con los mejores tragos y aperitivos
Cervezas Artesanales, Schop y Micheladas

Servicio de Delivery
Reservas de Almuerzos y Cenas de Oficina



www.pietrasanta.cl
www.facebook.com/pietrasanta.pastabar

Diagonal Pedro Aguirre Cerda 1255
Tel: 041 3224481



Totalibros



ALMACÉN
EDITORIAL

DISEÑO +
RESIDENCIA

www.almaceneditorial.cl



Tostaduría de
Café Coyoacán

Café de
Especialidad,
del cafetal a tu taza

coyoacan.cafe@gmail.com
Chacabuco 1111

Horario de atención de
Lunes-Viernes 8:10-20:00,
Sábados y Domingos de
11:00-18:00

+56 9 87391054



CHILE / OCTUBRE / 2019

Texto: Fanny Campos / Fotografías: Manuel Morales

FELICIDAD 1/2019

De Arica a Magallanes el levantamiento champurri
acompaña a su madre hacia la real independencia
plurinacional
multiforme

En la Arica Aymara cae Cristobal Colón
quien jamás descubrió nuestra Abya Yala
la continente vieja
jamás descubierta
ni encontrada

En La Serena intranquila
cae el colonizador español
y se levanta la madre Diaguita

En Santiago
el general Baquedano infinitamente travestido
reniega de su Guerra In-pácifica
contra nuestros propios hermanos

Ya no en Tucapel sino en Temuco
muere por segunda vez ajusticiado Pedro de Valdivia
Rueda su cabeza y es depositada como ofrenda ante Caupolicán
por la victoria de Tucapel y en clara venganza por la pica

Travestido Pedro de Valdivia roza lo rosa multicolor
de una bandera LGBTQ+ más la chacana arcoíris
de todos los pueblos originarios que no lograron exterminar
ni españoles ni criollos ni chilenos oligarcas o sicarios

En Punta Arenas
en memoria del aniquilado pueblo Selk'nam
cae por fin ajusticiado José Menéndez
el cadáver pétreo del empresario del exterminio
es llevado como ofrenda a los pies del Indio Patagón
y la única tristeza es que haya muerto impune en 1918
Tardamos cien años
más uno
en derrocarlo, pero en eso estamos
mientras los monumentos castrenses
de la castración amerindia
caen
anunciando la caída
del colonialismo.





FELICIDAD 2/2019

Sangra la patria patas pa arriba
con su bandera invertida
versión de inversionista
obsceno e irrisorio
tributo Royalty miseria
paga burlesca al Estado cañiche
de nuestra madre tierra
de silicosos pulmones

Que se desangre pronto
esta Pater Patria Patriacal
en la menstruación matría

Qué engendremos
en su próxima ovulación
la futura Autonomía

esta vez sin violencia

en un genuino acto
de amor por la vida.

FELICIDAD 2018.

“Dime, Gabriela, dime si no es para salir a tomar las calles por asalto (...)”
Alfonsina Storni a Gabriela Mistral

Saldremos a tomarnos las calles, Gabriela
hasta que la única máxima de una mujer
sea desoír el qué dirán y afinar el oído
hacia el parlamento interno
único soberano de su fértil geografía

Nos tomaremos las calles por asalto, Storni
y una radiografía a nuestra época, Mistral
hasta que cada mujer rompa su jaula

Saldremos a tomarnos las calles, Alfonsina
hasta que las marejadas en abisal silencio
proclamen los únicos dictámenes
admisibles para un útero

Nos tomaremos la calles por asalto, Mistral
las universidades, los liceos, las escuelas, Storni
os bancos, los periódicos, las Fiscalías
La Moneda y la molestia

Nos tomaremos el atrevimiento
y la Libertad.



DESPIERTA, OTRO DÍA ÉSTÁ NACIENDO, DESPIERTA

Al calor del fuego, los días pasaron rápido. Temerosos y blindados, bancos, farmacias, supermercados y transnacionales dejaron de existir por un momento. Nos declararon la guerra y la paz mientras las calles se entintaban de consignas, de ojos ensangrentados, de mujeres violadas por policías drogados e impunes, de cuerpos pobres y sublevados.

Por Zorra viva

Ese día me levanté como de costumbre: Despeinada, con el cortisol alto, la mandíbula apretada y concentrándome en no hacerlo con el pie izquierdo, no fuera a ser que tuviera un mal día. Había soñado que me subía trepando a un edificio alto y blanco cuyo techo se convertía en un prado verde y oloroso desde donde se podía ver a lo lejos el mar. Era incierto pero feliz. Vi las redes y me enteré que habían decretado estado de emergencia en Santiago. Pensé fugaz en otra época y fui a despertar a mi mami con la noticia. Su cuerpo canoso y aún adormilado, se levantó raudo y con recelo de la cama cubierta con una frazada colorida tejida por ella misma a crochet. (Valorémosla).

Cuando una vive en el sur todo es más lento, la humedad enmohece la realidad y las ideas, pero en el alambre donde se tiende la ropa, los gorrioncitos canturrean y los árboles cargados de frutitas en desarrollo se mecen jubilosos porque aún hay abejas que los visitan. Las niñas andan en bicicleta y juegan en el patio a atrapar ranitas y a tirarle la pelota a los perros, mientras la abuela hornea galletitas de avena endulzadas con estevia. Hasta aquí la clase media existía, el país era exitoso y la posibilidad de insurrección era teórica, lejana, o el recuerdo fugaz de otra época. Pero la realidad es que era tan frágil e insostenible todo, que de un día para otro y sin querer queriendo, nos visitó la destrucción, el fuego, el caos y su inmensa posibilidad de reinvencción. (Abracémosla).

Al calor del fuego, los días pasaron rápido. Temerosos y blindados, bancos, farmacias, supermercados y transnacionales dejaron de existir por un momento. Nos declararon la guerra y la paz mientras las calles se entintaban de consignas, de ojos ensangrentados, de mujeres violadas por policías drogados e impunes, de cuerpos pobres y sublevados. Desarrollamos malestares y síntomas intensos. Nos sentimos confusas y desamparadas, pero la vida en desacato se manifestó coreando sin discrepancia y en todos los rincones que la luna es una explosión que funde todo el clamor. Fuimos más fuertes, nos encontramos. El pueblo unido es una célula cancerígena encapuchada que esparce un bullicio de esperanza y dignidad ante la precarización de la vida. La clase media no existe, el país no es exitoso, la insurrección está aquí y raya su verdad en todas las paredes. (Registrémosla).

Tendrán la fuerza, podrán avasallarnos, pero no se detienen los procesos sociales ni con el crimen ni con la fuerza. La dictadura y su legado aún vivo continuará construyendo montajes para que su modelo de injusticia, enfermedad y muerte siga intacto, pero el experimento neoliberal es insostenible y ya todxs lo sabemos. No permitiremos más su doctrina de shock. La historia es nuestra y la hacemos nosotras. El momento refundacional está aquí, en la recuperación de nuestras vidas y la posibilidad que nos da de cambiar las cosas. La primavera llegó para quedarse. Un día feliz está llegando. (Cantémosla). ☺



Fotografía / Rodrigo Sáez

¿UNA FELIZ CUCHARA DENTRO DE LA OLLA A PRESIÓN?

Nos preguntamos entonces, ¿anuncio de qué es hoy día el recurrir a ese estruendo colectivo, al ruido que emerge de lo profundo de los utensilios domésticos? Como sabemos, la respuesta no es fácil, más aun en medio de la contingencia y hoy aventurar futuros solo es soberbia considerando que “dentrar en desplicaciones... es perder tiempo y razones... con algo qu’está a la vista”.

Por Sonia Montecino

Foto: Sonia Montecino

Dentrar en desplicaciones de lo qu’es trilla e Yumbel Cauquenes y Tucapel es perder tiempo y razones a qué pegars’econtrones con algo qu’está a la vista la pluma de los artistas debe tener buen empleo de acuerdo con los deseos de todos los lectoristas

Dentrar en desplicaciones Violeta Parra

Foto: Sonia Montecino

Mi amigo Manuel Morales de NN Periódico me invitó a escribir sobre la felicidad hace un tiempo, un “pie forzado” muy complejo porque se ha dicho demasiado sobre ese tema. Sin ir más lejos recuerdo un libro de Agustín Squella –“¿Es usted feliz? Yo sí, pero...”- dedicado enteramente a criticar esta noción en la sociedad contemporánea y la artificialidad de su manejo en los “couching”, terapias, industrias y rankings de felicidad. Hablar sobre esto, sin embargo, se torna aún más difícil en los momentos de revuelta social que vivimos, en este “octubre de cacerolas” donde pareciera ser que la carencia del sentido profundo de felicidad en su raíz latina de felix -es decir, beneficiado por la fecundidad y en dos de los adjetivos que se desprenden: fortunatus, es decir suerte, fortuna y beatus, colmado de

bienes, riqueza- es lo que se reclama hondamente y se desborda. Es interesante notar que fecundo como “fertilidad de la tierra y las plantas” se vincula a la raíz indoeuropa dhei, mamar, amamantar¹. Relacionar felicidad y protesta social pensando en los signos performáticos de las marchas y espacios de impugnación que estos días se han abierto como cauces incontenibles, puede ser un ejercicio o una propuesta de reflexión que, sin pretender un análisis de este proceso de subversión de los órdenes sociales, puede servir para asomarnos a un horizonte común que se acerque a las raíces de la palabra felicidad.

Uno de los signos que me atrae, y fascina antropológicamente, es el obstinado cacerolear, una acción ya incorporada al diccionario de chilenismos de Morales Pettorino (2006) y que se define como “Golpear cacerolas y otros utensilios culinarios semejantes en señal de protesta pública con el gobierno constituido por la carestía de las subsistencias”². La propia RAE ha incluido “cacerolada” como “protesta colectiva, generalmente de sentido político, consiste en golpear ruidosamente cacerolas y otros objetos metálicos”. De este modo, las quejas de algunos intelectuales como Jocelyn Holt (“El caceroleo nunca ha sido pacífico, es algo muy de nativos. Un fascismo

progresista algo perverso” (Mercurio, 25.10.19) y otros que ven en esa forma de expresión pura emocionalidad (al estilo Carlos Peña), no captan la dimensión política de un modo de protestar que tiene una historia³ que se ha transmitido, pero ha sido resignificada en cada periodo en que emerge, y que se instala como síntoma de profunda interpelación hogareña y/o callejera. El caceroleo así es un modo “otro” de denuncia política y, en nuestro caso, su memoria restituye la década de los 70 con el movimiento de las mujeres de derecha en la marcha de las “cacerolas vacías”, el cual fue re-leído en la dictadura cuando a inicios de los 80 los golpes a las cacerolas fueron utilizados como símbolo de una protesta que se expandió desde lo más hondo de las casas y fluía hacia un exterior de toque de queda y estado de sitio. Posteriormente, en el primer gobierno de Piñera sonaron, aunque tímidas, el 2011 en el contexto de las huelgas y paros estudiantiles y ocho años más tarde en este, su segundo mandato, han sonado ensordecedoras y lo siguen haciendo en diversas marchas y manifestaciones, fuera y dentro de las casas y departamentos.

Si en la marcha de las mujeres de derecha se anticipaba el malestar de una parte de la población que culminó con el quiebre de la democracia, en

la dictadura parecía operar como el preludio de una resistencia pacífica de la mayoría que terminó en restaurarla (aunque imperfecta). Nos preguntamos entonces, ¿anuncio de qué es hoy día el recurrir a ese estruendo colectivo, al ruido que emerge de lo profundo de los utensilios domésticos? Como sabemos, la respuesta no es fácil, más aun en medio de la contingencia y hoy aventurar futuros solo es soberbia considerando que “dentrar en desplicaciones... es perder tiempo y razones...con algo qu’está a la vista”.

Lo que observo en la vivencia personal, familiar y colectiva en medio de las marchas donde todos(as) tocamos las más diversas clases de baterías de cocina, es que de la exclusividad femenina de las ollas setenteras de la derecha se ha paulatinamente pasado a un caceroleo pluriclasista, más allá de los géneros y de las generaciones. Hombres jóvenes y viejos, niños, empuñan cucharones, cucharas, sartenes, ollas, tapas de cacerolas además de mujeres, trans y toda la diversidad sexual reunida en los diversos barrios de las ciudades y de los pueblos chilenos. Podríamos decir que de manera figurada y por efecto metonímico (la parte por el todo) lo que son artefactos de un espacio culturalmente femenino (como el de la cocina) se convierte en el símbolo de una identidad social amplia que se queja y rebela ante el orden establecido. Un reclamo cuyo ruido pareciera querer exorcizar también la infelicidad (en el sentido de felix, beneficiado por la fecundidad) que provoca el que “lo colmado de bienes” no sea un estado posible para todos(as).

Si pensamos en la felicidad/fecundidad, los ruidos de las ollas, pailas, sartenes bien podrían semejarse a las “cencerradas”, un modo de expresión del rechazo a conductas y prácticas que atentaban contra el bienestar comunitario en algunos pueblos de la España del siglo XVI y XVII⁴ y que consistían en hacer sonar los cencerros de los animales y también tocar utensilios culinarios cuando se producían situaciones aberrantes, casi siempre ligadas a matrimonios desiguales. Las “cencerradas” chilenas parecen ser vehículo y mensaje de una molestia profunda ante las anomalías del modelo de desarrollo que nos rige y que nos arroja a la precarización y a la desigualdad, a la conversión de derechos (a la salud, a la educación

de calidad y a la cultura, a la previsión entre otros) en privilegios. Quizás sea ese el mayor escándalo que el ruido convoca y que desnaturaliza: lo normal (los derechos) se ha trocado en asimetría (prebenda) y el cuerpo social entero toma conciencia de esa desviación utilizando como reclamo el signo más prístino de la comunidad, es decir desde los artefactos que hacen posible convertir los productos (la fecundidad) en alimentos (el comensalismo como hermandad).

El ruido, eso ya lo dijo Lévi Strauss, es un modo de conjurar lo que rompe con la comunidad, de denunciarlo y a la vez corregirlo. Es también un sonido que realizado de manera persistente convoca al ritual de trance que conecta con los espíritus y los atrae para que beneficien a los humanos. Tal vez eso sea lo “nativo” que espanta a ciertos sectores, lo primigenio que no tiene consigna y que aterra a los(as) viejos(as) ilustrados(as) del siglo XX porque no es posible apresarlo en un concepto, aunque algunos han definido a las protestas, sus marchas y sus ruidos de cacerolas como “pulsionales”, “emocionales”, “infantilismos”. El ruido incesante, que opera casi como un mantra incomprensible para algunos, para otros(as) es el reclamo que nace desde los albores humanos y que, acoplando pasado y presente –hoy más que nunca mi generación y la que experimentó el Golpe y la dictadura viven sin sutura la memoria y la contingencia- parece decir: alejémonos del desvío social de la conversión de los derechos en privilegios, desnaturalicemos décadas de abusos y construyamos una nueva morada común. No es por ello mera pulsión y sentimientos.

Las mujeres hemos estado acostumbradas a que todo aquello que se sale de los esquemas “racionales” –las emociones, el saber intuitivo, las ritualidades- sea característica femenina devaluada (muchas veces ligados a la histeria, al útero), por ello cuando emergen esas nociones para definir la protesta no podemos sino pensar cómo imbricado en esos discursos opera el poder masculino y su androcentrismo denigrando la dimensión carnavalesca (festiva y comunitaria) de algunas marchas (recordemos que los ritos de carnaval siempre han sido una instancia que permite colocar el mundo al revés) y su supuesta “despolitización”. Lo mismo sucede con el caceroleo, pensado como

de “nativos”, un término eufemístico para decir “indios”, estigmatizando de ese modo su expresión política como “inferior”. Desde nuestra mirada el caceroleo constituye una expresión de la gastropolítica, es decir de aquellas negociaciones de intereses que se relacionan directamente con los alimentos, la cocina y sus múltiples componentes.

El “buen vivir” es un concepto que los movimientos indígenas de América Latina han utilizado desde algunas décadas, especialmente los colectivos de mujeres indígenas en Bolivia y en Ecuador. Esta noción entraña una enorme densidad simbólica, social y política, pero de manera simple se vincula con una vida en plenitud, digna, en equilibrio y armonía (¿algo así como la felicidad en tanto fecundidad?). El buen vivir está significado en esa olla opuesta a la comida rápida, donde la dignidad (el alimento repartido y compartido en partes iguales) se cocina y se consume, pero para que ese alimento pueda cocinarse hay que quemar los signos que impiden su cocción: precisamente aquellos que de derechos se convirtieron en privilegios.*

Dos “capucha” comen de la “cocina combativa móvil” que llama a tomar energías para resistir a los carabineros (la “wata” debe estar llena) con un “menú común” esencialmente vegetariano y un bajativo de mate. Tal vez esta imagen simbolice los cruces culturales y políticos de esta época, los mestizajes asumidos (el merken y el “matetun mapuche) y por qué no pensarlo, una cierta imagen del buen vivir asociado al comensalismo comunitario ecológico evidenciando, en medio de la lucha callejera, que hay esperanzas de felicidad (fecundidad, colmarse de bienes) en esos signos también gastropolíticos que pueden desde ya hacerse realidad. Hasta ahora sólo hemos hablado de cocinas y de ollas, pero no de cucharas y ello nos daría para otras reflexiones; pero no puedo continuar pues escribo mientras las cacerolas de mi barrio comienzan a protestar por el anuncio de la siniestra Agenda de orden público y seguridad que incluye delaciones ciudadanas. Voy a la cocina y no encuentro mi cuchara de madera, destapo varias ollas y allí, alojada de manera muy decidora la veo como escondida o esperándome, no sé si feliz, en la olla a presión. No es necesario “Dentrar en desplicaciones” de lo que esa olla significa.☺

^[1] Cf. Diccionario Etimológico de la RAE, y Diccionario Crítico Etimológico Castellano e Hispánico de Corominas y Pascual.

^[2] Op.cit:357

^[3] Al parecer data del siglo XIX en Francia con cacerolazos al rey Felipe I, luego se traslada a la década del 60 a la “noche de los cacerolazos” en Argel y en 1970 y 1980 en Chile para extenderse luego a diversas protestas de países latinoamericanos. Por cierto está historia está por hacerse, ahora solo tenemos datos sueltos y otros aportados por Wikipedia.

^[4] Ver J.Ruiz Ortiz, 2013



LA PARADOJA SUBVERSIVA DE LA FELICIDAD

El lifting facial del “milagro chileno” terminó por desgarrar las dermis y los tejidos de una dignidad, que la mayoría de la población recogía de las sobras que arrojaba un pequeño grupo social privilegiado. La felicidad anhelada se había escapado en medio de la ilusión exitista de nuestro pequeño arribismo social y de la ansiosa necesidad de diferenciarnos ascendentemente de los otros.

Por Oscar Vivallo

No hay que temer a las paradojas. Pareciera que las crisis sociales y políticas están destinadas a revelar, a exponer descarnadamente las más profundas y centrales contradicciones que -como sociedad- los individuos desarrollan en un momento histórico, llevando estas contradicciones a su grado extremo. Nos habíamos adormecido en el regazo del individualismo, donde la capacidad de consumo es el barómetro de la realización personal y la felicidad una endeble expectativa puesta a prueba en el estómago del sistema crediticio. El modelo de desarrollo capitalista chileno, como la piel estirada dolorosamente por pinzas que empujan en direcciones opuestas, vino a exacerbar las tensiones en un sistema de vida, donde la supervivencia personal depende de las estrechas oportunidades que provee la cancha rayada por el neoliberalismo criollo. Y como en la cancha otra cosa es con pelota, vino el remezón telúrico que deviene cuando cualquier sistema social de vida se aferra con uñas y dientes a su versión más extrema.

En Chile, del capitalismo moderado y postcolonial pasamos al neoliberalismo. O más específicamente, del individualismo, de la indiferencia o de la aversión hacia el otro, nos precipitamos como sociedad —durante la crisis actual- a una vorágine de violaciones sistemáticas a los Derechos Humanos. Y no hay engaño más monumental que pensar que la crisis surgió de un estallido o explosión social, caracterizado por la sorpresa de su irrupción y por la irracionalidad de su forma de expresarse. El malestar, la infelicidad y la desesperanza se experimentaban prolongada y soterradamente, sin avizorar que

aquello provenía de la soledad que provoca el desprecio por los otros. La contradicción entre el interés personal y el interés colectivo, o entre el bien individual y el bien común, cegó la posibilidad de comprender que la felicidad se construye con muchas manos, conciencias y perspectivas y no por obra y gracia del narcisismo individual. Porque para olvidar que nos construimos gracias a los otros, hay que negar y, luego, justificar nuestra aprendida indiferencia respecto de los demás. Y porque para golpear, asesinar, torturar, mutilar y violar, hace mucho rato que nos tiene que haber importado un carajo aquello que paradójicamente denominamos prójimo.

El lifting facial del “milagro chileno” terminó por desgarrar las dermis y los tejidos de una dignidad, que la mayoría de la población recogía de las sobras que arrojaba un pequeño grupo social privilegiado. La felicidad anhelada se había escapado en medio de la ilusión exitista de nuestro pequeño arribismo social y de la ansiosa necesidad de diferenciarnos ascendentemente de los otros. Todos querían pertenecer a la corte del rey, porque así la élite había prometido. Lo que no sabíamos, era que el rey nunca nos permitiría ser parte de esa selecta corte, evidencia brutal de la segregación más extrema de la dignidad personal y social. Pero, las contradicciones se hicieron tan visibles y descaradas, que desde la sumisión muchas personas comenzaron a levantar la vista. Y levantar la cabeza para mirar a los ojos siempre ha sido acto de rebeldía y de subversión.

En esta crisis, algo tanpreciado, como momentáneamente olvidado, se hizo

carne en torno al humeante espacio público de las barricadas. Al fragor de las marchas, de las performances; junto a la solidaridad expresada en una improvisada atención médica callejera o en una olla común, el encuentro entre seres humanos transgredió algunas barreras sociales erigidas por el relato segregacionista. Para muchas mujeres y hombres, especialmente para los que muerden el polvo de la desesperanza material y social, la lucha les restituyó la posibilidad de disponer un sentido de vida, ya no solo personal, sino que también para aquellos que ni siquiera conocemos, pero que le reconocemos el derecho una vida digna.

Y es que quizás la lucha establecida en la calle, donde la posibilidad de tener un sentido de vida que se imponga a la desesperanza, sea lo más parecido a la felicidad. Es probable que tras la capucha se oculten unos ojos humedecidos, no sólo por la furia de las lacrimógenas, sino que por la sensación de que junto a otros es posible un cambio esperanzador, antes impensado. Ahora sabemos que la felicidad nunca fue una niña robusta, como aquellas adosadas en los anuncios publicitarios con aroma de exitismo, sino la hija parida en el encuentro callejero de anhelos esperanzadores compartidos.

Chile nunca volverá a ser el mismo, después del pasado mes de octubre. Y ese es el poder de las paradojas: que en medio de la brutalidad, de la muerte y de miles de cuerpos humanos profanados por balines y lumazos, la felicidad sea la premonición de un sentido de vida fraguado en la liturgia callejera de la solidaridad colectiva con sabor a dignidad. ●



Entrevista a Jorge Atria

NO SE PUEDE ALCANZAR LA FELICIDAD PLENA SI NO AUMENTAMOS NUESTROS NIVELES DE HUMANIDAD

Para analizar esto se pueden usar las propias categorías del Reporte Mundial de Felicidad, en el que se miden tanto aspectos positivos como la felicidad, la risa y el nivel de disfrute, como negativos, tales como las preocupaciones, la tristeza y los niveles de rabia.

Por Camilo Aedo Vallejos

A principios de 2019, el World Happiness Report situó a Chile en el lugar 26 del mundo, a la cabeza de Suramérica, en el ranking mundial de la “felicidad” . Sin embargo, a la luz de las movilizaciones y protestas posteriores al 18 de octubre, este tipo de indicadores parecen desmoronarse. Jorge Atria, doctor en sociología por la Universidad Libre de Berlín, y académico de la Universidad Diego Portales, desarrolla estas contradicciones colocando énfasis en la necesidad de entender la felicidad no sólo desde lo individual, sino también desde lo colectivo.

Con las movilizaciones actuales se han priorizado en las agendas los grandes conflictos provocados por las desigualdades en el país. A la luz de estos antecedentes, ¿crees que se puede ser feliz en Chile?
Aquí hay dos maneras de acercarse a esto. Primero, hay una clásica concepción, más de los estudios empíricos si se quiere, que observa la felicidad asociada a indicadores materiales. Esto tiene relación con una perspectiva más bien económica, que entendía el desarrollo de los países a la luz de indicadores como el PIB per cápita y medidas muy estandarizadas en términos internacionales. A partir de esto y de lo observado en Chile, uno podía aseverar que en el país se estaba incrementando o manteniendo un relativo bienestar

material, que fácilmente podíamos asociarlo a felicidad. Sin embargo, y esta es la segunda mirada, creo que es insuficiente entenderlo sólo desde la perspectiva económica. En efecto, si lo vamos a medir en términos individuales, hay que incorporar un bienestar subjetivo que tiene que ver con otros elementos, especialmente con lo comunitario. Nosotros no vivimos solos en este mundo. No funcionamos ni tomamos decisiones solos. Entonces, si uno incorpora todos estos elementos y los mira en conjunto, diría que Chile tiene posibilidades muy diferenciadas que permiten que ciertos grupos de la sociedad puedan experimentar felicidad; con ciertas restricciones quizás comunitarias. Un grupo no muy grande de chilenos puede hablar de felicidad propiamente en todas estas dimensiones. Y aquí estoy considerando algo que me interesa desde el punto de vista académico, que es la fuerte desigualdad económica que hay en Chile: uno puede asumir que las oportunidades materiales están plenamente satisfechas en un grupo pequeño y eso hace la diferencia con el resto de la sociedad. Lo que no quiere decir que ese grupo pequeño cuente con todos los elementos de una vida social valiosa. Por ende, tampoco uno puede asociar esos indicadores de bienestar material al bienestar subjetivo. Por eso veo con precaución que hay un

grupo que quizás pueda acercarse a más dimensiones, pero eso no nos permite decir que haya algún grupo de la sociedad chilena que pueda ser feliz plenamente.

Uno puede cuestionar los resultados del Reporte Mundial de Felicidad, considerando la posición que ha logrado Chile. Sin embargo, lo que me parece interesante es constatar, en una lectura transversal en el tiempo, que los Estados de Bienestar –en particular los países escandinavos- han liderado este y otros estudios sobre felicidad. De tu experiencia como investigador y como estudiante de posgrado en Alemania, ¿qué puedes comentar al respecto?
Cuesta mucho medir la felicidad. Efectivamente en este reporte Chile aparece en el lugar 26 y Alemania en el 17. Por eso creo que aquí los indicadores nos dan ciertas señales pero hay cosas que no quedan bien cubiertas, lo que es propio de las limitaciones de la estadística. De mi experiencia en Alemania puedo decir que ésta es una sociedad que vive mucho más tranquila. Creo que ahí está el punto clave. La tranquilidad material de la gente que puede sentirse con cierto respaldo: ante cualquier adversidad, coyuntura crítica de salud o de emergencia económica, tiene un Estado, una sociedad, una pertenencia a una comunidad, que le va a dar un apoyo en ese momento.

Y eso, a mi juicio, hace una diferencia demasiado grande. Lo he conversado con mucha gente y tengo la impresión que las sociedades que viven mucho más tranquilas son aquellas que tienen un soporte que les permite enfrentar la búsqueda de trabajo, las enfermedades, el endeudamiento, las decisiones vocacionales, entre otras, de una manera muy distinta a como las experimentamos los chilenos. Para gran parte de la sociedad chilena, ser de clase media o de clase baja es algo relativamente indiferente, porque la vulnerabilidad, la sensación de riesgo de enfermarse, de tener una deuda que no se puede pagar, de adquirir una vivienda, de pagar el transporte o la alimentación, convierte cada decisión en intranquilidad e incertidumbre”.

¿Cómo crees que incide el modelo neoliberal en la sensación de felicidad de las y los chilenos?
Creo que en Chile, al confiarle al mercado el rol central en la asignación de bienes y servicios, se constriñen las opciones para proyectar la felicidad en la comunidad. El Estado subsidiario restringe las posibilidades de instituir lo social, como sí ocurre en los Estados de Bienestar; y al mismo tiempo favorece una concepción individualista de las personas, que está muy arraigada y que se refleja en la frase: “yo me rasco con mis propias uñas”. Estamos menos

dispuestos a interactuar con personas, especialmente distintas a nosotros. Esto favorece la segregación, la desconfianza y otras cosas más. Para analizar esto se pueden usar las propias categorías del Reporte Mundial de Felicidad, en el que se miden tanto aspectos positivos como la felicidad, la risa y el nivel de disfrute, como negativos, tales como las preocupaciones, la tristeza y los niveles de rabia. Evidentemente, el estallido social da cuenta -y esto no requiere ningún nivel profundo de análisis- de una situación de rabia enorme; pero también de tristeza y preocupación. Yo no estoy dispuesto a decir que no haya habido ningún avance en el progreso del país; ha habido avances pero moderados y muy desigualmente distribuidos. Hay ciertos logros que se nos suelen mencionar como valiosos para la sociedad chilena en general; pero también ha habido una buena parte de este crecimiento, de este éxito económico, que está muy desigualmente distribuido, y que ha beneficiado más a los grupos superiores que a los grupos inferiores, provocando la explosión de múltiples demandas contenidas por muchos años”.

Desde tu perspectiva, en este “momento constitucional”: ¿qué desafíos tenemos como sociedad para alcanzar estándares más altos de

felicidad?
Para mí el gran riesgo es que entendamos la felicidad únicamente con una mirada individual. Eso me parece angustiante, porque en Chile tenemos un déficit de humanidad brutal. Se ha usado mucho el concepto de empatía en estas últimas semanas, al constatar la indiferencia respecto de lo que le pasa al resto. Lo que ha sucedido en los mall, por ejemplo, demuestra niveles bajos de sensibilidad. Y esto no tiene que ver con causas políticas ni ideologías. En general, somos insensibles a lo que está pasando alrededor nuestro. Somos muy poco empáticos, escuchamos muy poco. No hacemos mucho por cambiar las cosas. No tenemos una vida asociativa o de sociabilidad abierta, dispuesta a dejarnos interpelar, a sorprender, a conocer a gente que no conocemos. Con los extranjeros no somos amigables, somos hostiles, mal genio. Aquí se atraviesan muchas cosas. Uno puede echarle la culpa al neoliberalismo, pero no tiene que ver solo con eso: hay una felicidad que tiene que ser co-construida. No se puede alcanzar la felicidad plena sino aumentamos nuestros niveles de humanidad, de sensibilidad, de empatía. Nos necesitamos unos a otros y tenemos que enriquecer nuestra vida en la diversidad. En ese marco, siento que tenemos un desafío enorme todavía”. ☺

Hay rabia, riesgo y alegría en las calles, al saber y sentir que ya no quieres permisos designando el cómo y el cuándo existir como un ser humano, pues se ha rasgado el velo y todo lo sacramento sólido muestra el precario andamiaje de su mañosa estructura.



Fue hace dos número atrás -hace ya unos seis meses- que se escribió en NN: ¿Es que hay suficiente humanidad para todos o es esta tan solo una ficción que pueden compartir -incluso comprar- unos pocos? Esto en el contexto de un número dedicado a los derechos humanos, y en especial en el sentido de la violencia sistemática que como chilen@s debíamos— tal una consecuencia programada de una operatividad económica y política— día a día tolerar. La pregunta apuntaba esencialmente a la categorización de lo humano, en términos de un privilegio, puesto que si bien la Humanidad se compone de los -precisamente- human@s, no todos tendrían el mismo valor. Algunos no serían numerables más que en términos de recursos de explotación cuando no como entidades subhumanas y como tales enemigos prescindibles del orden social: hace un par de días Hermógenes Pérez de Arce, abogado, fascista, y vomitivo declaró sin asco alguno que los mismos derechos humanos no alcanzaban para todos... pues antes de los derechos humanos está el resguardo de la propiedad privada, aún al precio de quitar esos en resguardo de esa propiedad. Y es que la humanidad

nunca alcanza para todos. Y hoy, en Chile pareciera ser justamente que no alcanza para todos. Pues son muchas y muchos, aquellas y aquellos que de súbito se han rebelado y en una suerte de gozosa y riesgosa iluminación, descubren no tienen que ni deben de pedir permiso a nadie para vivir y gozar su Humanidad. Entonces, es la crisis. Hay rabia, riesgo y alegría en las calles, al saber y sentir que ya no quieres permisos designando el cómo y el cuándo existir como ser humano, pues se ha rasgado el velo de la aparente normalidad y todo lo sacramento sólido muestra el precario andamiaje de su mañosa estructura. Decían que un modo de vivir era el único modo. Que de haber otros, el planeta se derrumbaría, fuera del orden y su órbita por nuestras excesivas demandas, y que para que esto no aconteciera debíamos asumirnos en los espejismos que ellos determinaron para la felicidad. ¿De qué se quejan? decían, viven en el mejor de los mundos posibles y en él no se les quita todo, sino solo lo soportable. Mas el canasto de lo soportable fue almacenando demasiado, por años. A nuestro alrededor, acumularon muros, rejas y más rejas en estos largos años.

Muros. Rejas. Vallas. Separando. Apartando. Dividiendo. Con los muros, han tajeado la superficie de la tierra, señalando qué es de quien. Hasta no dejar espacio solo, han vendido el espacio de la vida. Ahora, mientras escuchan el rugido de las calles, se aprestan a reforzar vuestras murallas. A tapiar puertas y ventanas, a cerrar esos espacios por donde una vez vieron el cielo. Trabajan las máquinas. Las soldadoras arrojan chispas en cascada a las aceras. Ruidos de martillos y taladros, placas aceradas van cubriendo las vitrinas. La horda viene. Las sirenas gritan en las calles. De tanto encerrarse se han quedado adentro, solos. Hay rejas en el aire.

Enfundadas en sus exoesqueletos de combate, las escuadras del estado atacan en las calles. Mas la Horda muda, dobla, pliega sus formas y su frente. A veces se dispersa como arenas en los vientos, a veces se hace fuerte como una piedra entre las aguas. Todo esto, no estaba en los libros de pasado. Todo esto, no lo vieron los antiguos. Es nuevo. Acaso luz de una nueva era. Mientras, ellos, tras sus muros, ahora ya si ver los cielos, aguardan, infelices, asustados.●